

# El fin injusto de justo

*Alejandra Cárdenas González*

A la mañana siguiente corrió un rumor de muerte. Quienes lo conocían no creyeron la historia tan fácil. Es verdad que desde que empezaron los problemas económicos se notaba diferente, con un aire de infelicidad pero nunca imaginaron que estuviera tan desesperado como para robar. Su nombre era Justo, tenía 19 años, era noble y sosegado. Venía de una familia fragmentada, con abuela materna y hermanita. Vivían en un barrio popular de la ciudad de Cali. El padre no los conoció y la madre trabajaba cuidando a un anciano, tiempo completo en Jamundí.

Por sus amistades, Justo siempre estuvo cerca a la delincuencia. Aprendió de sus más ilustres compañeros todos los trucos para robar. Su condición de hombre de hogar y su naturaleza inocente lo habían hecho alejarse de las aventuras, manteniéndose al margen del vandalismo en la ciudad.

Algunos cuentan que murió en medio de una pelea callejera, en el intento de proteger a una hermosa rubia por la cual cinco tipos se peleaban; otros dicen que la rubia iba a ser robada por cinco tipos y Justo intervino en la hazaña; unos cuantos dijeron lo contrario, que él iba a ser robado por cinco tipos y una rubia lo impidió. En cualquiera de los casos hay cinco tipos, una rubia y un joven llamado Justo que termina apuñalado sanguinariamente en una calle de Cali.

Pero la historia fue otra. Hacía más de tres meses que en la casa de Justo se comía una sola vez al día. El dinero del trabajo de su madre ya no estaba alcanzando, su hermanita había tenido que renunciar a quinto de primaria y la abuelita que era como una madre, se debatía entre la vida y la muerte en intensos dolores y escasos medicamentos. Para Justo estaba claro, les había caído la roya y lo afirmaba convencido cuando no le salía ningún trabajo. Su desespero fue creciendo. Pasó por todas las formas de “rebusque”, pero nada parecía prosperar.

Todos esos fracasos lo llevaron a la idea de robar. Con varios intentos fallidos supo que no tenía la actitud pero después en un arranque de adrenalina se lanzó. Se iba caminando hasta uno de esos barrios de ricos donde la opulencia es costumbre y la vanidad no es derroche, un lugar perfecto porque nadie lo conocía. Bolsos, portafolios, morrales, celulares y relojes eran sus objetivos. Analizaba las calles y la gente, se colaba entre los postes y los árboles, se acercaba a los individuos y de repente la imagen de su mamá o la visión de él mismo siendo robado por otro, le impedían la acción.

Un día amaneció con una sensación de seguridad. Salió de la casa, era el día, ya no podía aguantar más pues la vida era injusta con él y su familia. Quitarle un poco de suerte al que la tiene no sería tan grave, pensó. Recorrió la ciudad con la convicción de estar haciendo lo justo. Llegó a un barrio común, aparentemente tranquilo. Vio a una rubia de camisa negra con bolso prominente. Es quincena, pensó y se acercó lenta y cautelosamente hacia el bolso. Lo arrebató y ¡Ladrón! ¡Auxilio!, escuchó. Luego corrió dejando atrás la desesperada voz.

Pero Justo fue interrumpido por cinco tipos jóvenes con navajas, que parecían haber estado listos para el momento del robo. Le arrebataron el bolso, lo acorralaron y luego lo apuñalaron mientras un círculo creciente de espectadores observaba la acción. El público estaba dividido; unos apoyaban con palabras e insultos y pocos lo defendían a palabra limpia. No se sabe a quién se le ocurrió llamar a la policía pero efectivamente llegó cuando a Justo le pasaba por sus ojos la película de su vida.

Dos patrulleros lo llevaron al hospital; la rubia fue llevada en compañía de unos alborotadores a la estación de policía, y los cinco tipos se perdieron entre el bullicio. La gente se disipó, los vecinos se fueron a dormir y la sangre de Justo amaneció como evidencia de que esa noche, Justo no regresó.